



ULISES BÉRTOLO

LA
DAMA
DEL
NORTE

En un infierno dominado por hombres,
ELLA FUE LA REINA

Ulises Bértolo



La Dama del Norte

Basada en la vida de Ana Garrido, alias «la Rubia»

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ulises Bértolo, 2023

Publicado por acuerdo con la Agencia Literaria Rolling Words

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Ilustraciones del interior: © Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2023

Depósito legal: B. 2.359-2023

ISBN: 978-84-08-26926-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1969

1. LA NIÑA

—¡Es pequeña! —grita Sara.

—Tan pequeña no es —dice Ino.

—Sí, lo es hasta que papá le compre su propia bicicleta.

—¿Llegas? —me pregunta Ino, que acaba de hacerle un apaño al sillín para que yo alcance el suelo con los pies.

—Sí, llego.

—Pues vamos.

Cuando comienzo a rodar cuesta abajo apenas rozo los pedales. Tan solo he girado la cabeza unos centímetros por encima del hombro derecho para ver que Ino me ha soltado. Tengo siete años y ya monto en bicicleta sin ayuda de ruedines.

Soy la más precoz de cinco hermanos: Enrique, Ino, Ángeles, Sara y yo.

Enrique, el mayor, tiene entonces veintiocho años y lleva bastante tiempo trabajando en la mina. Es muy callado, rara vez le oigo discutir por algo o hacer cualquier gesto con el que exprese enfado. La mayoría de las personas tienden a pensar que no tiene sangre en las venas, pero la verdad es bien distinta: recuerdo que en una ocasión un vendedor ambulante le ofreció a mi madre un juego de sartenes, supuestamente francesas y de alta calidad, cuando apareció Enrique y las examinó detenidamente; des-

pués de comprobar que ni siquiera eran antiadherentes, agarró de las solapas al hombre y lo arrastró calle arriba. El pobre vendedor terminó tirado en la cuneta con sus sartenes esparcidas por la maleza. Si mi padre no hubiese intervenido la cosa hubiera sido más grave. Mis otros hermanos decían que lo que ocurría era que Enrique sabía esconder muy bien su rabia, pero a veces esta se le escapaba y terminaba por sorprenderlo.

A él le seguía Ángeles, para mí, como una segunda madre. Tenía dieciocho años recién cumplidos, cinco más que Sara. Las dos se pasaban el día discutiendo y alternaban pequeñas victorias, pero Ino inclinaba muchas veces la balanza a favor de Sara. Cuando eso ocurría, Ángeles se encerraba en su cuarto a atiborrarse de comida y no salía hasta que le pedían perdón. Claro que a Ángeles la vida no le dejaba pasar ni una. Ella ha sido siempre el sustento de mi madre, su mejor apoyo, su confidente, quien le ayudaba a sacar adelante la casa mientras papá y Enrique se ganaban el jornal.

Ino tenía quince años, pero aparentaba más. Yo a veces lo veía mayor, incluso más que Enrique. Lo echaron del colegio por indisciplinado y se negaba a hacerse viejo trabajando de minero. Sara y yo podíamos pasar toda la noche charlando con él. Hablábamos de todo: de lo aburrido que era el pueblo, de sus novias, de espíritus y de lo que nos iba a gustar vivir juntos en Madrid cuando ahorrara dinero para abrir un hostal. Mamá le reñía a todas horas por meternos pájaros en la cabeza, y si nos pillaba en su habitación nos sermoneaba de lo lindo y de camino a la cama me insistía en que aprendiera costura con Ángeles y a hacer mejor las labores domésticas. Según ella, porque así podría servir de mayor en alguna casa donde me ganaría la vida dignamente.

Sara era guapísima. Con solo trece años ya tenía a su

alrededor un regimiento de admiradores. Yo quería ser igual que ella, cambiarme el pelo, ondulado y trigueño, por uno como el suyo, castaño y lacio. Era tan expresiva que hablaba con la mirada. Mamá intentaba que siguiese vistiendo como niña, pero ella se negaba en redondo, y había que ser muy valiente para llevarle a mamá la contraria.

Luego estaba yo. A los siete años toda mi ropa era de segunda mano, las cosas más bonitas y las más feas. Nunca sabía si habían sido de Ángeles o de Sara; era lo que me tocaba por haber sido el embarazo sorpresa de mamá a sus cuarenta y cinco; ella sacaba la ropa de un arcón gigante y me vestía con menos miramientos que yo a mis muñecas. Lo mío de pequeña tenía mucho de improvisación, tanto que quisieron llamarme Ana Rosa, pero mi abuelo materno, que era el secretario del ayuntamiento de Degaña, me inscribió como Ana a secas porque no le gustaba Rosa como segundo nombre. Mi madre decía que era cosa del destino que me ocurriesen cosas fuera de lo normal porque nací al anochecer del 11 de noviembre de 1962 bajo una tormenta de nieve como casi no se recuerda.

Mis hermanos y yo nos quisimos siempre. En los complicados años que vendrían después, aquel momento de la bicicleta sin ruedines estaría siempre grabado en mi memoria y llegaría a tener una importancia capital. Si no hubiese mirado a un lado, si no hubiese quitado los ojos de la carretera, puede que esa primera vez no hubiese terminado estampándome contra la cerca que rodea nuestra casa. Puede que tampoco el destino me hubiese deparado acabar con los huesos en la cárcel.

Pero entonces solo era una niña que lloraba en el suelo con las rodillas llenas de sangre.

—No te muevas, estate quieta —dice mamá mientras me limpia las heridas con una gasa empapada con agua oxigenada.

Mi padre se llama Domingo, es moreno y tiene los ojos muy negros. Mi madre, Plácida, y como adora las historias de amor en el cine, se enamoró nada más verlo vestido de uniforme. Se casaron en cuanto él terminó el servicio militar en Cangas de Narcea, que, aunque no queda lejos de Degaña, tiene difícil acceso por el tropiezo natural del Radañoiro. Todavía conservo una de las cartas que le escribió mi padre en aquel tiempo de novios y que rubricó con un «tuyo para siempre». Los años atestiguan que no es papel mojado. Se mantuvo al lado de mi madre en lo malo y en lo peor, como cuando perdieron de manera trágica a sus dos hijos varones, Ino y Enrique.

Ino y Enrique.

Mi Ino. Mi Enrique. Mis adorados hermanos.

No sé exactamente en qué momento nos mudamos. Desde que tengo memoria vivo en una casa blanca de contraventanas verdes a la que llaman La Farola. El tejado es de pizarra negra y vuela sobre un banco de madera en medio de las dos entradas; la acusada pendiente de la carretera deja una a menos altura, justo encima de la bodega donde mi padre almacena el vino. Desde la habitación que comparto con Sara veo pasar los camiones —el olor a gasoil es algo arraigado en mi memoria—, mastodontes de acero cargados de carbón que cruzan por delante a todas horas.

Recuerdo a mi madre asomada en el establo con medio cuerpo fuera de la puerta y limpiándose las manos en una bata que antes había sido un bonito vestido estampado. Siempre está haciendo cosas en la casa y en la huerta con ese modo sorprendente que tienen muchas mujeres de so-

breponerse al cansancio. La veo frente a la cocina de leña manipulando ollas o sirviendo comida, y a mi padre dando vueltas por ahí y hundiendo su nariz en el moño que ella se recoge un poco más arriba de la nuca. El moño de mamá es un signo de gobierno, como los galones de un general que dirige un ejército en el campo de batalla. Por las noches se lo deshace frente al espejo del tocador y el cabello le cae desde lo alto y forma un cobertor de seda negra sobre sus hombros. Me gusta mirarla.

La familia de mi padre es de Almanza, en la comarca del Bierzo, de la que llegan muchos jóvenes a Degaña para trabajar en las minas. Mi abuelo era albañil y mi abuela cosía por encargo en sus ratos libres. Era muy menuda, una viejecita encorvada, demasiado inclinada hacia delante por culpa de una lesión en la columna. Tenía pavor a morir sin haber recibido el sacramento de la extremaunción. Esto lo sé por el tío Carlos, de mis tíos paternos es con quien tendré más trato. Mi padre no siente la tentación de hacerse cura como él, está tan loco por mi madre que cursa la solicitud para trabajar como picador en la mina de Degaña antes de licenciarse.

Aunque aprende de explosivos durante el servicio militar, no aprovecha el privilegio de entrar de barrenero. Ser picador es más peligroso, pero mejor remunerado.

Para ir a la lejana Degaña hay que hacer un larguísimo viaje en automóvil entre montañas, inmensas planicies y algunos rectángulos de color tostado perfectamente trazados para guardar rebaños. Somos un pueblo al que pocas veces llega alguien que no sea para trabajar en la mina. Por ello nos miran como a extraterrestres, como a gentes ancladas en otro siglo, hombres que viven como esclavos, mujeres atrapadas en sus casas, niños abandonados a su suerte. En nuestro comedor siempre hay gente: tabaco,

guisos, grasa de panceta, trozos de pan que desbordan la mesa y caen al suelo, ruidos guturales, maderas crujientes, palabras rehogadas en vino. Alguien acerca un mazo de cartas y las sillas chirrían. Mientras lavamos los platos, mamá dice que no hagamos caso de los chismes de ciudad, que siempre tuvimos profesores en el pueblo y nunca nos faltó de comer.

—Mamá...

—Qué.

—¿Y ellos por qué nunca recogen?

—¿Los hombres?

—Sí.

—Ellos trabajan en la mina.

—Y tú en casa.

—No es lo mismo.

—Sí que lo es —dice Sara.

—Tú, mejor calladita, que bastantes dolores de cabeza me das. Y tú, jovencita —dice mirándome severamente—, obedece y calla, que en boca cerrada no entran moscas.

Mamá siempre habla de los hombres y lo mucho que trabajan; en cada comida les reserva los mejores sitios y les sirve de primeros. ¡Ay de quien tocarse los zancos de pollo del abuelo!

Aquella época une a las familias en función de quien gobierna en la cocina, y, desde la nuestra, mamá despliega una fuerza casi interplanetaria. Todos nos movemos en función de ella, a su alrededor, su poder matriarcal es silente, sin aspavientos y con voz tenue hasta que explota en una fracción de segundo.

Las gruesas paredes y ventanas enseñan unas cúspides lejanas que en invierno se vuelven blancas. ¿Qué más podemos desear? Nos pasamos el día en las calles jugando a las guerras de bolas o haciendo muñecos rechonchos que

adornamos con ropa vieja y hortalizas. Cuando desaparecen las nieblas y el aire se vuelve transparente, Sara y yo sacamos un viejo somier por la ventana y nos deslizamos calle abajo; entonces no sabemos que los montículos de nieve donde vamos a estrellarnos, tan divertidos para nosotras, marcan la senda a Valdeprado, el camino que sube a la mina entre rocas rotas y afiladas como fauces de un cazador astuto y paciente.

—¡Echamos otra! —dice Sara arrastrando el somier. Yo no tengo la misma fuerza que ella, y me limito a tirar por una esquina—. ¡Eres una renacuaja!

—¡Espera y verás! —le grito enfurecida, empujando con más ahínco.

—Si te ve tu madre... —dice una señora intentando inútilmente que Sara se tape las piernas mientras lanza miradas reprobatorias a los chicos, que no dejan de silbar y de señalar a mi hermana.

Un domingo, no sé de qué mes, subimos a la mina. Degaña se ve diminuta desde el alto de Cerredo, lejos de casi todo y más cerca del cielo, rodeada por un amplio valle que se cierra sobre sí mismo, con una esclusa abierta a la leonesa villa de Villablino.

Ino dice que la mina es la columna vertebral de un colosal gigante que murió carbonizado intentando librarse del fuego de la tierra. Tira una piedra hacia un letrero grande y de metal oxidado con el nombre de la empresa que explota la mina desde principios del siglo: «Las Hullas del Coto Cortés». El impacto suena como el gong de un combate de boxeo.

Para mamá, entrar en el recinto de la mina es una intromisión intolerable. Pero Ino es el intrépido de la fami-

lia, el primero en todo. No teme a nada. Es capaz de rebasar la valla de una huerta o de lanzar un petardo en una procesión. Ese domingo escala el crestón de carbón y lanza un grito.

Enrique lleva casi diez años trabajando en la mina. Sintiéndola, excavándola, respirándola por cada poro de su piel. Me lleva cargada y yo le pregunto si podemos ir.

—No, tú aquí conmigo —me dice antes de bajarme.

Ángeles mira a Sara y se pasa la mano por la cara como si quisiera borrar su expresión de desconcierto cuando la ve correr hacia Ino.

—Mírala, si es que parece su sombra.

Y lo era. Tiene el mismo carácter impulsivo. Que si es un angelito descarriado, que si Ino es el culpable, todo ese rollo suelta Ángeles.

Yo tiro de la mano de Enrique. Él no me suelta. Ojalá no me hubiera soltado unos años más tarde cuando se murió en mis brazos.

Ya en la camioneta, mamá abre la ventanilla y se palpa el pecho.

—No me siento bien, apenas puedo respirar.

—No exageres, mamá —dice Ino.

—¿Es que siempre tenéis que sacarme los nervios?

—Lo siento —dice Sara.

—Si es que al final ocurrirá una desgracia —suelta Ángeles.

—Tranquila —dice papá—, que me conozco esta mina como la palma de la mano.

Mamá pone los ojos en blanco.

—Qué poca memoria tienes, Domingo. Qué poca memoria.

En junio de 1956, unos años antes, a papá le había estallado un barreno en las manos. Pasó del desconcierto a la oscuridad. Lo imagino por un instante en aquella angosta galería con sus manos ennegrecidas y sus dedos grandes y despellejados palpándose el ojo que recibe de lleno la explosión. A los pocos días del accidente, Ángeles celebraba su primera comunión.

A eso se refiere mamá.

En Degaña todas las comuniones tienen lugar el 13 de junio, así que mi padre no tiene tiempo suficiente para recuperarse de las heridas. En las fotografías se le ve con el parche negro sobre el ojo izquierdo. Ya nunca recuperaría la visión de ese ojo.

No es la primera vez que mamá nos habla de cómo la empresa se escudó en una supuesta mala manipulación del cartucho para no renovar el contrato. Ese día papá salió de la mina resoplando entre unos cuantos compañeros que aguardaban fuera con los puños cerrados y muchas ganas de plantar el trabajo. Le habían quitado lo que más le enorgullecía. Sin nada que hacer, las horas pasaban lentas. Ni siquiera mamá, haciendo uso de sus armas de gobernanta, lo disuadió de escribir una carta al entonces ministro de Trabajo, José Antonio Girón de Velasco, uno de los defensores a ultranza del Régimen y además licenciado en Derecho. Mamá era reacia a llevar las quejas tan lejos por miedo a las represalias.

Pasan tres días que a mamá le parecieron tres semanas.

Está inmersa en sus malos pensamientos. Por ejemplo, que a papá podrían asignarle un puesto más peligroso que el de barrenero o mandarlo a algún sitio muy lejano, donde nadie podría ir a visitarlos. Mamá nunca ha sido de

quedarse quieta y sin hacer nada, pero esos tres días los pasa sentada junto al teléfono hasta que recibe la noticia de que el ministro lo había recibido en audiencia: «Traiga usted la mano, Domingo Garrido, sabe más de leyes que yo mismo. Y váyase tranquilo, que recuperará su puesto de trabajo».

Como yo aún no había nacido, no soy capaz de imaginar la felicidad que debió sentir mamá ni lo que pensó papá en aquella adusta sala ministerial sobre la fotografía que publicaron los periódicos de la comarca. Pero cuando me contaron esa historia por primera vez me dio por creer que eso significaba ser importante.